

## ¿En qué momento una simple intuición se convierte en destino?

Karen Rubí Valdez Vázquez\*

Hay lugares que no solo se recorren con los pies, sino también con el corazón. Lugares que, sin saberlo, comienzan a escribir nuestra historia mucho antes de que entendamos su significado. A veces, la vocación no se elige: se revela en los momentos más inesperados y se construye, silenciosamente, a partir de recuerdos que con el tiempo cobran un sentido profundo. Desde pequeña nunca tuve completamente claro qué quería ser, pero siempre hubo algo en mí que me acercaba a los demás: la necesidad de escuchar, de acompañar, de explicar y de hacer sentir a otros que eran capaces. Con el paso del tiempo comprendí que ese impulso constante no era casualidad, sino el inicio de una vocación que, sin darme cuenta, ya comenzaba a abrirse camino en mi vida.

Al mirar hacia atrás, reconozco que mi vocación comenzó a manifestarse mucho antes de que yo pudiera nombrarla. En mi entorno familiar viví una de las experiencias más significativas: mis abuelos, personas llenas de sabiduría de vida, no habían tenido la oportunidad de aprender a leer y escribir. Junto con algunas de mis primas, comenzamos a enseñarles con paciencia, repitiendo letras, formando palabras y celebrando cada pequeño avance. Más allá del aprendizaje, lo que permaneció fue la emoción compartida, la cercanía y el descubrimiento de que enseñar es un acto profundamente humano. En esos momentos entendí, sin saberlo del todo, que acompañar a otros en su proceso tiene un valor que trasciende cualquier contenido.

Uno de los recuerdos más significativos de mi infancia está profundamente ligado a los viajes que realizaba a Guanajuato, lugar de origen de mi papá. Durante las vacaciones visitábamos a su familia, y en esos recorridos había un sitio que siempre capturaba mi atención. Era un lugar que, aunque en ese momento no comprendía del todo, despertaba en mí una emoción especial.

Se trataba de la Benemérita y Centenaria Escuela Normal Oficial de Guanajuato. Cada vez que pasábamos frente a ella, algo dentro de mí se detenía. Observaba su arquitectura, su presencia, su historia implícita, y sentía una conexión difícil de explicar. Recuerdo que le decía a

mi familia, con una seguridad que solo la infancia puede sostener, que algún día yo estudiaría ahí. Ellos me respondían que era una escuela Normal, pero yo no comprendía realmente lo que eso significaba. Sin embargo, había una certeza en mí que no necesitaba explicación.

Con el tiempo, esa intuición comenzó a cobrar sentido. Entendí que ese lugar no solo representaba un espacio físico, sino una posibilidad, una forma de vida. Descubrí que ser docente implicaba mucho más que enseñar contenidos: significaba acompañar procesos, formar personas y dejar huella en la vida de otros. Mi decisión de ser maestra no surgió de un momento único, sino de la suma de experiencias que fueron dando forma a mi vocación. También influyeron profundamente las personas cercanas a mi familia que se dedicaban a la docencia. Escuchar sus historias, sus retos y sus logros despertaba en mí una admiración genuina.

Recuerdo especialmente una ocasión en la que, durante una reunión familiar, uno de ellos compartía la experiencia de un alumno que, después de mucho esfuerzo, había logrado comprender un tema que antes le parecía imposible. Lo que más me marcó no fue el contenido en sí, sino la emoción con la que lo contaba. Hablaba del proceso, del acompañamiento, de la paciencia. En ese momento entendí que ser docente es formar parte de la historia de alguien más.

Años después, en un contexto completamente distinto, viví una experiencia que reafirmó profundamente mi decisión. Durante la pandemia, cuando la educación tuvo que transformarse de manera repentina, yo aún me encontraba en formación. Sin embargo, lejos de detenerme, sentí una responsabilidad muy clara: la de no dejar de aprender, pero también la de no dejar de compartir.

Ese momento representó un reto importante, pero también una oportunidad. Me di cuenta de la importancia de desarrollar habilidades tecnológicas que me permitieran mantener el vínculo con el aprendizaje. Aprendí a utilizar herramientas digitales, a adaptarme a nuevas formas de enseñanza y a comprender que la educación no se limita a un espacio físico. Más allá de lo académico, entendí que enseñar también implica estar presente, incluso en la distancia, y generar conexión en medio de la incertidumbre.

Esa experiencia fortaleció no solo mis competencias, sino también mi convicción. Confirmé que quería ser docente, que quería estar

ahí, acompañando procesos, buscando alternativas, encontrando caminos incluso en los momentos más complejos.

Hoy, después de casi cuatro años ejerciendo como docente, puedo decir que esta profesión me ha regalado algunos de los momentos más significativos de mi vida. Ver el progreso de mis alumnos es, sin duda, una de las mayores satisfacciones. Observar cómo crecen, cómo aprenden, cómo desarrollan confianza en sí mismos, me recuerda todos los días por qué elegí este camino.

He sido testigo de transformaciones profundas: alumnos que al inicio dudaban en participar y que, con el tiempo, logran expresarse con seguridad; estudiantes que enfrentaban dificultades y que, con acompañamiento, descubren que sí pueden. Cada uno de esos avances, por pequeño que parezca, representa un logro enorme. También están los detalles que no se miden, pero que se sienten. Un “gracias”, una sonrisa, una nota, un dibujo. Son esos gestos los que confirman que el vínculo que se construye en el aula va más allá de lo académico.

Años después, en mis primeros acercamientos a la docencia, esa intuición encontró sentido en contextos rurales y multigrado. Ahí comprendí que la enseñanza no se limita al aula: llevé a mis alumnos a recorrer su comunidad, a caminar hacia el río, a observar su entorno y a convivir con el ganado, convirtiendo cada experiencia en un aprendizaje vivencial y significativo. En ese proceso, el conocimiento dejó de ser abstracto y se volvió parte de su realidad. Pero lo que más me marcó fue ver cómo, aun con recursos limitados, el aprendizaje sucedía de manera genuina: en su curiosidad, en sus preguntas, en su forma de relacionar lo que vivían con lo que descubríamos juntos. Ahí entendí que enseñar no depende de lo que se tiene, sino de lo que se construye con sentido.

Recuerdo con especial claridad el momento en que algunos padres de familia se acercaron para agradecerme y, con una generosidad profundamente significativa, me ofrecieron productos de su propia cosecha. Aquel gesto, sencillo pero lleno de valor, me permitió comprender que la docencia también construye vínculos con la comunidad. Fue en ese tipo de experiencias donde confirmé que el camino que había elegido —y que en algún momento prometí alcanzar— tenía un sentido más profundo. Cada logro, incluso aquellos que no pudieron ser com-

partidos con quienes creyeron en mí desde el inicio, se convirtió en una forma de honrar esa confianza y reafirmar la docente que soy hoy.

He aprendido que el aula es un espacio donde no solo se transmiten conocimientos, sino donde se construyen relaciones, se fortalece la confianza y se aprende a trabajar en equipo. Esto se refleja en experiencias que trascienden el salón de clases, como los viajes escolares. Recuerdo con especial cariño una visita a KidZania, donde los alumnos tuvieron la oportunidad de experimentar distintos roles y comprender la importancia de cada profesión. Más allá de la actividad, lo valioso fue observar cómo se organizaban, cómo colaboraban y cómo descubrían nuevas formas de aprender.

Asimismo, reconozco la importancia de mantenerme en constante formación. A lo largo de mi trayectoria he buscado prepararme mediante diplomados, especialidades y actualmente a través de mi formación en una maestría en innovación e investigación educativa. Este proceso no solo responde a una exigencia profesional, sino a una convicción personal: la de ser cada día una mejor docente.

Para mí, enseñar implica estar en constante actualización, adaptarse a los cambios, comprender las necesidades de los estudiantes y construir aprendizajes que realmente les sean útiles. No se trata solo de enseñar contenidos, sino de formar personas capaces de enfrentar su realidad, de pensar críticamente y de desenvolverse en su entorno. Ser docente me ha enseñado que no se trata de la perfección, sino de la intención. De estar presente, de escuchar, de comprender y de acompañar. De reconocer que cada estudiante es único y que cada proceso es distinto.

Lo que siento por mi profesión ha evolucionado con el tiempo. Lo que comenzó como una intuición en la infancia, hoy es una convicción profunda. Es compromiso, es responsabilidad, pero también es amor. Un amor que se refleja en cada esfuerzo, en cada logro compartido y en cada historia construida. Por eso me hice docente: porque creo en la educación como una herramienta capaz de transformar vidas, porque encontré en este camino un propósito y porque, al final, enseñar no es solo una profesión... es la forma más genuina de dejar huella en la vida de otros.

\*Licenciada en Educación Primaria. Docente de la Escuela Primaria “Mtro. Juan B. Diosdado”. [kr\\_valdezv@bcenog.edu.mx](mailto:kr_valdezv@bcenog.edu.mx)